

Antonio Pereira

EN LOS CIEN AÑOS DE DON LUIS

Que don Luis Alonso Luengo, el tenaz astorgano llegara a cumplir los cien años en vida, fue en sus paisanos y amigos una esperanza que se ve cumplida ahora que andamos por el 2007. No importa que en los puntillosos registros de lo civil conste una fecha de fallecimiento anterior, ni que en nuestro recuerdo permanezca imborrable la ya pasada solemnidad de un sepelio oficial como sólo se hace en Astorga. El personaje está vivo, sin pasar siquiera por ese purgatorio que con frecuencia acompaña a escritores notorios cuando se nos aleja su presencia física. Tal es la visión personal de quien sólo puede escribir de Luis como el amigo presente que habla y escucha, Luis compañero de mesa y mantel, del pasear moroso por el madrileño Rosales, de los viernes de paisanaje y cultura en la Casa de la ancha familia leonesa en la calle del Pez, Luis que me riña, Luis que consiente que yo le riña...

Gullón, el amigo, por no decir el hermano de Alonso Luengo, regresaba de sus universidades americanas y cada vez era mayor su ansia de patria vivida y disfrutada día a día. Nos veíamos. Nos reuníamos. Pero pronto volvía a sonar en el teléfono la voz siempre joven del veterano profesor, proponiendo la repetición -tentación irresistible- de "unos comistrajos". El ágape, con frecuencia, lo teníamos en El Espejo, en el Paseo de Recoletos. De los tres leoneses yo era el más joven y me sentía muy afortunado como testigo en aquella cumbre de la "Escuela de Astorga", que a mí me gusta decir escuela de la amistad. El crítico y académico había creído en Luis desde sus tiempos de juventud, y lo dejó escrito en *La juventud de Leopoldo Panero*: "La entrada en la adolescencia implicó la entrada en la poesía de la mano de Rubén Daría o, para decirlo con más exactitud, de la mano de Luis Alonso, el más maduro de nosotros y el de lecturas más serias".

Con la euforia del buen yantar, me gustaba provocar al historiador y cronista oficial de Astorga Luis Alonso, él era el rigor, yo tendía a la fabulación exagerada para hacer más viva nuestra "disputa". Que Prisciliano hubiera tenido amores con la monja Egeria era, sin duda, una invención desafortunada, y el investigador riguroso me llamaba al orden, me exigía las fuentes, a ver qué autoridades y qué archivos,

Mis reproches a Luis eran de otro signo. No era infrecuente que coincidiéramos

como ponentes en una mesa redonda, donde previamente había que pactar la distribución del tiempo, y el astorgano era caballeroso y cumplidor, se atenía (con una inevitable prórroga) a lo convenido... salvo que el tema fuese la idea imperial leonesa. Lo grave es que en estos últimos años, nuestro erudito iba a dar, quieras o no, en el clavo de lo leonés, que le encendía el corazón con el arrobó de la visión de Dios en los místicos. Entonces, el reloj quedaba abolido para el maestro documentadísimo, y menos mal que la erudición y la oratoria brillante retenían al respetable, salvo mínimas deserciones, quizá por apremios fisiológicos,

_ Dime la verdad -me decía luego-, acaso me haya pasado un poco, perdóname.

_ Yo aquí no soy nadie, qué te vaya perdonar. Pero claro que te has pasado descaradamente, Luis, eres incorregible.

El excelentísimo señor Don Luis Alonso Luengo -Luisín, para su amigo Ricardo- me cogía la mano y me la apretaba en un gesto de ternura. Sobre su propósito de enmienda cronométrica -¡ah, la idea imperial leonesa!-, siempre tuve mis dudas.